

Aceleración social y carencia de experiencia. Sobre la semántica de los tiempos históricos de Reinhart Koselleck

Manuel OROZCO PÉREZ

Universidad Carlos III de Madrid

En las siguientes páginas se intenta poner de relieve algunos aspectos del pensamiento de Reinhart Koselleck sobre aceleración, lenguaje e historia, mostrando el alcance de su concepción de una semántica de los tiempos históricos para comprender ciertos aspectos de la subjetividad del hombre contemporáneo, especialmente en lo referente a la experiencia del tiempo. Para ello, he articulado la intervención sobre dos ejes fundamentales que cumplen al mismo tiempo la función de hipótesis: 1. el carácter inestable de los conceptos, y 2. el principio de aceleración histórica.

Eje número 1 (el carácter inestable de los conceptos). Los conceptos, en tanto que esquemas de orientación y de acción para la praxis y la teoría que nos permiten ordenar lo real, son ya de por sí inestables y requieren de modificación y rearticulación continua. Y dado que el sujeto es un animal que conceptualiza y que *sabe* que tiene conceptos, está igualmente en continua modificación y rearticulación. Entre la realidad y el registro lingüístico articulado para su comprensión existe una tensión que no llega a disiparse, que reaparece una y otra vez, y que conduce a una reconceptualización y reestructuración constante de la realidad¹. Y es aquí donde situaré un aspecto de la crisis del sujeto moderno incapaz de hacer experiencia de su propio presente y de su propia historia. Este punto lo caracterizaré como la experiencia de la carencia de experiencias. La experiencia de la carencia de experiencias será el hilo conductor que atravesará este primer eje.

¹ Koselleck, Reinhart, “Die Geschichte der Begriffe und Begriffe der Geschichte”, en: *Begriffsgeschichten*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2006, p. 70.

Si el movimiento de la realidad vuelve inestable los conceptos que pretenden definirla, y si el sujeto es un animal que conceptualiza, es más, si la facultad de conceptualizar es su rasgo fundamental, entonces esta inestabilidad de su capacidad constitutiva influirá decisivamente en su modo de articular la realidad.

Probablemente sea Hegel el filósofo que ha hecho ver como nadie que los conceptos no son fósiles pétreos, sino que se caracterizan especialmente por su fluidez (*Flüssigkeit*). Me parece que «Esta metáfora de Hegel sobre la fluidez de los conceptos es, en cierto modo, provocadora, dado que la fiabilidad de nuestros sistemas de orientación y de la correcta comprensión de nuestra comunicación verbal depende, entre otras cosas, de la estabilidad de sus elementos conceptuales»².

Además de la fluidez de los conceptos, hay otro aspecto importante a tener en cuenta. Se trata de ciertos acontecimientos históricos que desbordan las posibilidades de explicación y descripción con el significado que habitualmente manejamos los conceptos. En este sentido, se pregunta el historiador Eric Hobsbawm en su conocido libro *El corto siglo XX* si el ser humano puede realmente *tener una experiencia de* cifras que se encuentran más allá de lo representable: ¿qué significa para el lector que de 5,7 millones de prisioneros de guerra rusos en Alemania murieron 3,3 millones?³ Téngase en cuenta que aquí no se trata de imaginar, no se trata ya de tener una representación teórica de lo que haya podido ser el acontecimiento, sino de tener una comprensión casi cercana a la experiencia.

La confrontación del sujeto con una nueva realidad, realidad en un principio desbordante, exige una reelaboración de los conceptos. Dado que las experiencias se dan en la interacción con una realidad colectiva, aunque naturalmente poseen asimismo un fuerte carácter privado, el trabajo de los conceptos encuentra una dimensión fundamental en el espacio público⁴. Piénsese, por ejemplo, en el concepto que desde la primavera de 2008 se repite constantemente en los medios de comunicación tanto nacionales como internacionales: nos referimos al término *crisis*. Sin pretender entrar aquí en la semántica histórica de este concepto, se trae a colación para mostrar el carácter problemático del intento de explicar y comprender la realidad de nuestro país como *crisis*. Uno podría aquí plantearse la pregunta: ¿atraviesa España una crisis económica desde 2008 o se trata más bien de un giro en la economía global que se manifiesta de manera local de formas diferentes y de la cual no hay una salida directa, sino que probablemente habrá que inventarla? No queremos, ni mucho menos, caer en el cinismo pensando que únicamente con el hecho de cambiar el modo de conceptualizar la realidad se solucionarán problemas estructurales de la economía. Nada más lejos de nuestra posición. Lo que sí se podría afirmar con seguridad es que sin una nueva articulación conceptual de la realidad político-social difícilmente se solucionarán tales problemas. «Por eso pudo decir Carl Schmitt que “del rasgo conceptual de lo político se deriva el pluralismo [...] El mundo político es un pluriverso, no un universo [...] Por su esencia la unidad política no puede ser universal en el sentido de una unidad que comprendiese el conjunto de la humanidad y de la tierra”»⁵. Así, la lucha por el sentido de los conceptos sería, en el fondo, una lucha por la existencia y por la legitimidad de los diferentes

² Lübke, Hermann, “Begriffsgeschichte als dialektischer Prozeß”, en: *Archiv für Begriffsgeschichte*, 19, 1975, pp. 8-15. Aquí: pp. 8-9.

³ Eric Hobsbawm, *Das Zeitalter der Extreme*, München 1999, p. 65.

⁴ En este punto tomo impulso de Antonio Gómez Ramos, “El trabajo público de los conceptos”, en: *Isegoría*, 37, julio-diciembre, 2007, 185-196.

⁵ Villacañas Berlanga, José Luis, “Histórica, historia social e historia de los conceptos”, en: *Res publica*, 11-12 (2003), pp. 69-94. Aquí: p. 86.

grupos sociales. Tal lucha, para que sea fructífera, debería representar, a nuestro entender, un diálogo crítico entre los que mandan y los que obedecen.

Aquello que se pretende hacer notar aquí es que los conceptos permanecen igual, la realidad, sin embargo, cambia. Y cuando los conceptos cambian, siempre lo hacen con un ritmo más lento que aquella. En la relación entre lenguaje y realidad – afirma Koselleck – raramente acontece que «el significado de las palabras y la realidad se correspondan permanentemente el uno con la otra, o que sufran transformaciones en la misma medida y de forma paralela»⁶. Esta disparidad, este *entre*, el permanecer en la divergencia entre la realidad creada lingüísticamente por medio de conceptos y el comportamiento de la *realidad misma*, muestra que, en ocasiones, algunos conceptos pueden ser inapropiados para comprenderla.

Éste sería, desde nuestro punto de vista, uno de los motivos susceptibles de ser abordados filosóficamente y que explicaría por qué cada época tiene la tendencia a concebirse a sí misma como un momento único y viviendo un continuo periodo de transición. Koselleck ha mostrado que, desde el siglo XVIII, es experiencia común que los hombres perciban su propia existencia como perteneciente a una época de tránsito. El espacio de experiencia de las generaciones que viven en una misma época cambia tan rápido que las enseñanzas de los abuelos parecen ser de poca utilidad para los nietos⁷.

Se trata, en última instancia, de una doble experiencia de ruptura: por un lado, la ruptura de la realidad presente con las vivencias individuales en la experiencia subjetiva de la divergencia entre planificación y acción; y, por otro lado, la necesaria ruptura o, si se quiere, la necesaria discontinuidad inherente a la experiencia intergeneracional.

Para Koselleck, esta doble experiencia de ruptura está marcada por la contingencia. En este punto radica el carácter práctico y el potencial ético-normativo de la teoría de los tiempos históricos: lo contingente se encuentra en el núcleo mismo de los acontecimientos históricos. Contingente en este contexto hace referencia a aquello que en la historia es experimentado como lo indeterminado, como lo nuevo que en un principio no puede ser categorizado de forma positiva, pero que adquiere relevancia para las acciones futuras⁸. Pero ¿por qué la contingencia de los acontecimientos históricos es decisiva para mostrar el carácter práctico-normativo de la historia de los conceptos? La respuesta se podría formular del siguiente modo: dado que la libertad de acción queda limitada por la contingencia, es posible abrir nuevas vías y crear nuevos espacios de acción para actores que ya no son concebidos como meros accidentes de estructuras y procesos históricos⁹, diluyéndose así lo individual en lo colectivo, sino que la ausencia de una instancia primigenia y privilegiada donadora de sentido deja campo abierto para que, en un principio, y de un modo ciertamente hegeliano, todo pueda hacerse valer.

Es ya un casi un lugar común afirmar que la desaparición de una fuente originaria de sentido, y con ello se alude generalmente a la desintegración de las cosmovisiones religiosas del mundo, es el caldo de cultivo para una sociedad nihilista. Sin embargo, ya en la antigua Grecia se era consciente de que la estabilidad del sistema psíquico es más frágil de lo que

⁶ Koselleck, Reinhart, “Die Geschichte der Begriffe und Begriffe der Geschichte”, en: *Begriffsgeschichten*, op. cit., p. 63.

⁷ Koselleck, Reinhart, “Die Zeiten der Geschichtsschreibung”, en: *Zeitschichten*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2000, p. 297.

⁸ Koselleck, Reinhart, “Der Zufall als Motivationsrest in der Geschichtsschreibung”, en: *Vergangene Zukunft*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1979, p. 158.

⁹ Hoffmann, Arnd, *Zufall und Kontingenz in der Geschichtstheorie*, Vittorio Klostermann, Fráncfort del Meno, 2005, p. 100.

puede parecer en un principio. Recordemos que, según relata Plutarco, bajo el tempo de Apolo en Delfos, dios que representaba el orden, la armonía y la medida, se encontraba la tumba de Dionisos, símbolo del exceso y del desenfreno.

La carencia de una fuente donadora de sentido abre sin duda un terreno susceptible de ser fácilmente instrumentalizado ideológicamente. No obstante, para Koselleck, «“la historia no es ni un tribunal ni una coartada”. El sentido nos hace esperar con una fe ciega y el sin sentido desesperar. Únicamente rescatando de su destierro a la proscrita falta de sentido (*Sinnlosigkeit*), es posible la primacía de la acción responsable»¹⁰.

La doble experiencia de ruptura unida al permanente estado de transición del que hace experiencia el sujeto contemporáneo, tiene asimismo consecuencias decisivas sobre el estatuto epistemológico de aquello que, desde un punto de vista histórico-social, pueda ser comprendido como lo verdadero. El estado de transición supondría que “lo verdadero” no es ya el presente, sino el futuro. Esta España no es la *verdadera*, escuchamos frecuentemente en los medios de comunicación. La verdadera España es la del futuro, la que estamos preparando *apretándonos el cinturón* y fomentando la *movilidad exterior*. La coyuntura de *crisis* económica permite crear las condiciones de posibilidad para que la situación de malestar general se perciba como algo pasajero.

Creemos que la estructura que subyace a esta situación social de carácter general podría ser extrapolable a los sujetos particulares. Hay ciertas miserias del presente que están legitimadas porque el propio tiempo se percibe como tiempo de transición: la verdadera vida es cosa del futuro.

La crisis, entendida como dispositivo en sentido foucaultiano, sería una forma de compensar y, hasta cierto punto, de legitimar el déficit de experiencias en el presente. Las carencias del presente encuentran un mecanismo de compensación en proyecciones hacia el futuro en forma de expectativas. «Aquella realización actual de la que carece la historia de la humanidad – afirma Koselleck – fue en otro tiempo esperada de forma compensatoria para el futuro»¹¹.

Esta percepción se da cada vez con más frecuencia porque la realidad cambia con mayor celeridad. La aceleración histórica hace que su conceptualización quede anticuada tras un corto periodo de tiempo, lo cual conlleva una disminución del valor de los conocimientos extraídos de las experiencias del pasado para abordar el presente. Recordemos: las experiencias de los abuelos ya no son de utilidad para los nietos; de modo más radical: lo que se aprendió ayer, ya no sirve para hoy. Asimismo, no se debe pasar por alto que al desaparecer las condiciones de posibilidad de una experiencia histórica determinada, se torna imposible hacer dicha experiencia de un modo *idéntico* al del pasado.

De ahí que, como ya decía Goethe, la historia tenga que ser reescrita de cuando en cuando. Y ello no se debe a que ciertos acontecimientos históricos hayan sido descubiertos con anterioridad a la redacción de historias sobre el periodo concreto en el que tuvieron lugar, sino que tal necesidad surge con las nuevas perspectivas contemporáneas, empujadas por el progreso, a comprender y a juzgar el pasado de un modo nuevo.

¹⁰ Oncina Coves, Faustino, “Historia conceptual y hermenéutica”, en: *Azafea*. Rev. filos. 5 (2003) pp. 161-190. Aquí p. 186

¹¹ Brunner, O., Conze, W. y Koselleck, R. (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 2, entrada *Geschichte/Historie*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1979, p. 689.

Desde entonces ganó también la historia en general una genuina cualidad temporal. Goethe había expresado una experiencia histórica que crecía de manera paulatina y que había sido recogida desde Chladenius, a saber: que la posicionalidad (*Standpunktbezogenheit*) es constitutiva para la experiencia histórica y el conocimiento histórico. Con la temporalización de esta fracturada historia perspectivista se hizo necesario reflejar también la propia posición, puesto que ésta se transforma en y con el movimiento histórico¹².

Así, la temporalización aparece como condición de posibilidad de una historiografía crítica, entiendo aquí crítica como la exigencia de reflejar las condiciones que sirven de punto de partida y que hacen posible el propio discurso. Tener que reflejar el punto de partida y las condiciones que hacen posible la elaboración del relato histórico y, al mismo tiempo, hacerse cargo del imperativo de la objetividad, según el cual los valores personales no deben calar en los resultados de la investigación, es una tensión inherente a toda investigación histórica.

Eje número 2 (aceleración histórica). Koselleck afirma en *Futuro pasado* que el progreso, la idea de progreso que nace con la modernidad, lleva consigo una determinada concepción del futuro, caracterizada por la aceleración y lo desconocido:

El tiempo en sí mismo acelerado, es decir, nuestra historia, acorta los espacios de experiencia, les subtrae su continuidad y trae consigo una y otra vez nuevos desconocidos, hasta tal punto que incluso lo presente se escapa a la complejidad de lo desconocido en la incapacidad de hacer experiencia de él [de lo desconocido]. Esta situación comienza ya a entrecruzarse antes de la Revolución Francesa¹³.

Koselleck descubre la experiencia del tiempo histórico en la divergencia, en la tensión existente entre experiencias y expectativas, entre nuestra representación del mundo y el mundo mismo. «Entre [...] oferta de experiencias y la experiencia propia existe una tensión que marca cada historia individual»¹⁴. El tiempo se experimenta en la negatividad, en la frustración del cumplimiento de las expectativas. Este diagnóstico de la experiencia del tiempo que nos presenta Koselleck posee, sin duda, cierto tono pesimista, schmittiano. Recordemos la afirmación de Schmitt según la cual todos los grandes historiadores escriben desde la derrota. A mi entender, decisivo en este punto es comprender que tal experiencia del tiempo no es una omnipotencia fallida (o un fracaso del absoluto), sino, como diría Marquard, nuestra normalidad histórica¹⁵.

A pesar de su pesimismo, esta cuestión es crucial, puesto que en ella radica otro elemento práctico y otra característica del potencial ético-normativo de la teoría de los tiempos históricos en tanto en cuanto la pregunta ética fundamental por una vida plena requiere previamente responder a la pregunta a qué quieren, pueden o deben dedicar su tiempo los seres humanos. En este sentido, el horizonte temporal, tanto de sujetos individuales como colectivos, aparece como un problema ético¹⁶. Recordemos que el otro elemento ético-normativo de la Histórica que apareció en el eje anterior es la contingencia. La pregunta por el

¹² Ibid., p. 699.

¹³ Koselleck, Reinhart, “Vergangene Zukunft der frühen Neuzeit”, en: *Vergangene Zukunft*, op. cit., p. 34.

¹⁴ Koselleck, Reinhart, “Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze”, en: *Zeitschichten*, op. cit., p. 35.

¹⁵ Marquard, Odo, *Apologie des Zufälligen*, Reclam, Stuttgart, 1986, p. 9.

¹⁶ Rosa, Harmut, *Beschleunigung*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2005, p. 66.

tiempo histórico y por sus condiciones de posibilidad deja ya entrever cómo el proyecto de Koselleck se sitúa tanto histórica como intelectualmente en la recepción de la obra de Heidegger, tal como reconoce él propio Koselleck en una entrevista de 1999 con Kari Palonen¹⁷. Así, desde este planteamiento, la pregunta radical de la filosofía no sería ¿qué es el hombre?, sino ¿qué queremos ser en tanto que hombres, en tanto que seres finitos, en una sociedad acelerada?

El principio de aceleración histórica que maneja Koselleck está estrechamente relacionado con sus trabajos sobre secularización y sobre la renovación teórica de la historia como maestra de la vida. Él mismo ha reconocido que el nuevo tiempo, *die Neuzeit*, la Modernidad, fue idéntico con el progreso. «Ésta sería la primera determinación del tiempo secularizado, al margen de la teología o del mito»¹⁸. El progreso histórico le sirve a Koselleck para construir la hipótesis central del diccionario de los *Conceptos históricos fundamentales* sobre la que se asienta la noción de *Sattelzeit*, a saber: «que desde el siglo XVIII el lenguaje histórico-social ha cambiado tanto debido al uso continuado de las palabras que desde entonces se viene articulando un *tiempo nuevo*. Coeficientes de cambio y aceleración transforman los antiguos campos semánticos y con ello la experiencia política y social»¹⁹. Sobre este punto sí que me gustaría hacer especial hincapié, porque me parece un elemento transversal en la obra de Koselleck. Me refiero a la idea de que las transformaciones semánticas influyen decisivamente en el modo en el que experimentamos la historia.

Las alteraciones conceptuales que tuvieron lugar durante la *Sattelzeit* eran capaces de ofrecer diagnósticos y pronósticos históricos que reflejaban formas de experimentar el pasado y el propio presente, de articularlo en conceptos apropiados de futuro y de mirar al pasado con afanes legitimadores²⁰. Lo histórico y lo progresivo serían entonces las dos caras de la misma moneda, y progreso sería equivalente a aceleración y la implicaría. Y con este punto volvemos a retomar la crisis de experiencias del hombre contemporáneo, «que por la aceleración ha roto los equilibrios de acción y reflexión, de experiencia y expectativa, de diagnóstico y pronóstico, y donde la historia como maestra de la vida desaparece como clave de todas las estructuras de compensación»²¹. Este diagnóstico de la modernidad recuerda, por cierto, a aquel que hace Hegel en el prólogo a la *Fenomenología* como «un tiempo de parto y de transición hacia un período nuevo en el que el espíritu ha roto con el mundo anterior de su existencia y representaciones, y se encuentra en trabajo de reconfigurarse»²².

Pero Koselleck no cierra la puerta al magisterio clásico de la historia. La historia volverá a ser maestra de la vida si nos ocupamos de las estructuras del movimiento de la historia y no ya de acontecimientos concretos²³, ya que la *aceleración* histórica hace que tales acontecimientos queden obsoletos para las generaciones siguientes.

¹⁷ Koselleck, Reinhart, “Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte - Sperrige Reflexionen” (1999), en: Kurunmäki, J. y Palonen, K. (eds.), *Zeit, Geschichte und Politik. Zum achtzigsten Geburtstag von Reinhart Koselleck*, Jyväskylä, Jyväskylä University Library Publishing Unit, 2003, pp. 9-34. Aquí p. 9.

¹⁸ Villacañas Berlanga, Jose Luis, “Acerca del uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media”, en: *Isegoría*, Nº 37, julio-diciembre (2007), pp. 81-96. Aquí: nota 18, p. 86.

¹⁹ Koselleck, Reinhart, “Über die Theorie Bedürftigkeit der Geschichtswissenschaft”, en: *Zeitschichten*, op. cit., p. 302.

²⁰ Cf. Villacañas Berlanga, José Luis, “Histórica, historia social e historia de los conceptos”, en: *Res publica*, op. cit., p. 71.

²¹ Villacañas Berlanga, Jose Luis, “Acerca del uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media”, en: *Isegoría*, op. cit., p. 86.

²² Hegel, G. W. F., *Fenomenología del espíritu*, Abada, Madrid, 2010, p. 65.

²³ Cf. Koselleck, Reinhart, “Darstellung, Ereignis und Struktur”, en: *Vergangene Zukunft*, op. cit., p. 156.

Para poner de relieve esta problemática me centraré en el paralelismo que establece Toynbee, en su libro *La Civilización puesta a prueba*, entre la experiencia histórica de Tucídides durante la Guerra del Peloponeso y su experiencia en la I Guerra Mundial de 1949.

Él [Tucídides] y la generación a la que pertenecía habían estado antes que yo, antes que mi propia generación, en el estadio de la experiencia histórica al que, respectivamente, habíamos arribado; en realidad *su presente había sido mi futuro*. Pero esto convertía en absurda la notación cronológica que calificaba a mi mundo como «moderno» y como «antiguo» al de Tucídides. Pese a lo que pudiera sostener la cronología, el mundo de Tucídides y el mío propio acababan de probar que eran filosóficamente contemporáneos²⁴.

Nos encontramos aquí ante el principio de la contemporaneidad de lo no contemporáneo y ante la idea de repetición o paralelismo de los procesos históricos que explica la aspiración de Tucídides a que el magisterio de su Historia de la Guerra del Peloponeso sea de utilidad para el futuro. Sin embargo, esta concepción cíclica de la historia implica que el futuro es ya, en cierto modo, pasado.

Así, *Futuro pasado*, título de uno de los libros más importantes de Koselleck, posee, al menos, dos sentidos: por un lado, y desde un punto de vista histórico, haría referencia al modo en el que las generaciones pasadas se representaban el futuro; y, por otro lado, concebido el tiempo de un modo cíclico, sería lógico pensar que si el tiempo es un eterno retorno de lo mismo, el futuro no sea más que una categoría, en el fondo hartamente equívoca, que apunta a una serie de acontecimientos que, si bien no en el contenido sí en la estructura, ya han acaecido en épocas anteriores: el presente de los griegos durante la guerra del Peloponeso, sería el futuro de la Europa que vivió Toynbee durante la I Guerra Mundial.

La concepción cíclica del tiempo parece lógicamente incompatible con la idea moderna de progreso en tanto que modelo abierto de la historia en el que ésta queda disponible para la intervención del hombre; así como la idea lineal del tiempo sería incompatible con el proyecto de una historia entendida como maestra de la vida: la idea de repetición y paralelismo estaría más en consonancia con la concepción circular del tiempo. Para aprender de la historia, una cultura que se comprende a sí misma en una concepción lineal del tiempo tendrá que buscar el magisterio de la historia no ya en los acontecimientos concretos, sino en las estructuras. «En suma, *historia magistra vitae*, sí, pero no en el sentido de la repetición de acontecimientos particulares, sino en el sentido de una ciencia del pronóstico que mida los márgenes de posibilidad de acontecimientos»²⁵. ¿Pero hasta qué punto está Koselleck en condiciones de afirmar que la historia, con una sólida base teórica, puede llegar a ser una ciencia del pronóstico, cuando él mismo pone de manifiesto la dificultad de hacer pronósticos en un mundo de cambio tan acelerado en el que apenas hay lugar para el reconocimiento de estructuras temporales del pasado que sean de utilidad cognitiva para el futuro?

La respuesta a esta pregunta, sin abandonar la obra de Koselleck, residiría en reconocer las estructuras formales mínimas que persisten a pesar de la aceleración histórica y sin las cuales no sería posible pensar la historia. Por ejemplo, la estructura de los pares simétricos amigo-enemigo o la de los pares asimétricos civilizado-primitivo. Nos encontramos aquí, en

²⁴ Toynbee, Arnold J., *La civilización puesta a prueba*, citado por Torres Esbarranch, Juan José, “Introducción”, en: Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, Gredos, Madrid, 2006, p. X. La cursiva en la cita es nuestra.

²⁵ “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, *Isegoria*, 29 (2003), Madrid, p. 221.

definitiva, ante el hallazgo de la historicidad como estructura narrativa de nuestra vida, una historicidad que, sin embargo, no permite ya derivar el futuro ni lógicamente ni fácticamente del pasado; ni la expectativa de la experiencia, ni la prognosis de la diagnosis²⁶. Este carácter abierto de la historicidad es particular de la semántica de los tiempos históricos y la distingue de las clásicas filosofías de la historia.

Entre el relato y el acontecimiento (y aquí retomo la temática del eje anterior para finalizar mi intervención) entre el relato y el acontecimiento hay un desajuste que otorga al ser humano, en cuanto ser temporal, su propia ambigüedad, su carácter abierto. De ahí que un fin de la historia quede del todo excluido, el ser humano *está condenado* a producir historias. Con aceleración o sin ella, la pluralidad de historias personales siempre es posible.

Bibliografía

Brunner, O., Conze, W. y Koselleck, R. (1979), *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 2, entrada *Geschichte/Historie*, Stuttgart, Klett-Cotta.

Gómez Ramos, Antonio (2007), “El trabajo público de los conceptos”, en: *Isegoría*, 37, julio-diciembre, 185-196.

Hegel, G. W. F. (2010), *Fenomenología del espíritu*, Abada, Madrid.

Hobsbawn, Eric (1999), *Das Zeitalter der Extreme*, dtv, Munich.

Hoffmann, Arnd (2005), *Zufall und Kontingenz in der Geschichtstheorie*, Vittorio Klostermann, Fráncfort del Meno.

Koselleck, Reinhart (1979), “Darstellung, Ereignis und Struktur”, en: *Vergangene Zukunft*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

Koselleck, Reinhart (1979), “Der Zufall als Motivationsrest in der Geschichtsschreibung”, en: *Vergangene Zukunft*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

Koselleck, Reinhart (2006), “Die Geschichte der Begriffe und Begriffe der Geschichte”, en: *Begriffsgeschichten*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

Koselleck, Reinhart (2000), “Die Zeiten der Geschichtsschreibung”, en: *Zeitschichten*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

Koselleck, Reinhart (2000), “Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze”, en: *Zeitschichten*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

Koselleck, Reinhart, (2003) “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, *Isegoría*, 29, Madrid.

Koselleck, Reinhart (2000), “Über die Theorie Bedürftigkeit der Geschichtswissenschaft“, en: *Zeitschichten*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

²⁶ Villacañas Berlanga, José Luis, “Histórica, historia social e historia de los conceptos”, en: *Res publica*, op. cit., p. 78.

Koselleck, Reinhart (1979), “Vergangene Zukunft der frühen Neuzeit”, en: *Vergangene Zukunft*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

Koselleck, Reinhart (2003), “Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte - Sperrige Reflexionen” (1999), en: Kurunmäki, J. y Palonen, K. (eds.), *Zeit, Geschichte und Politik. Zum achtzigsten Geburtstag von Reinhart Koselleck*, Jyväskylä, Jyväskylä University Library Publishing Unit, pp. 9-34.

Lübbe, Hermann (1975), “Begriffsgeschichte als dialektischer Prozeß”, en: *Archiv für Begriffsgeschichte*, nº 19, pp. 8-15.

Marquard, Odo (1986) *Apologie des Zufälligen*, Reclam, Stuttgart.

Oncina Coves, Faustino (2003), “Historia conceptual y hermenéutica”, en: *Azafea. Rev. filos.* 5, pp. 161-190.

Rosa, Harmut (2005), *Beschleunigung*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno.

Torres Esbarranch, Juan José (2006), “Introducción”, en: Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, Gredos, Madrid.

Villacañas Berlanga, Jose Luis (2007), “Acerca del uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media”, en: *Isegoría*, Nº 37, julio-diciembre, pp. 81-96.

Villacañas Berlanga, José Luis (2003), “Histórica, historia social e historia de los conceptos”, en: *Res publica*, 11-12, pp. 69-94.

